

El Escritor y su Compromiso en el Entorno Chontaleño

José Orente Bellanger Mejía

Profesor de Literatura y Español
Scio cui credidi

Conferencia pronunciada en el Club Social de Santo Tomás-Chontales el día 5 de marzo de 2017 en ocasión del II Encuentro de Escritores Chontaleños.

Este segundo encuentro de escritores está dedicado «ad perpetuam rei memorian» de un eximio educador chontaleño, ciudadano insigne de nuestra historia, forjador abnegado de docentes y un notable intelectual de tiempo completo, el licenciado Omar Josué Lazo Barberena (1953-2016), con quien me unió una profunda amistad y una camaradería inalterable. ¡Cuántos recuerdos se nos van descociendo ahora! Mientras asoman lágrimas en nuestros ojos, al evocar las consistencias de sus ideas, el aplomo meritorio de sus convicciones, el tesonero ahínco de sus creencias y principios, obediente a los versos del poeta español Ramón María de Campoamor (1817-1901), cuando dijo:

«Sigue al que cree, no sigas al que niega; la fe nunca tropieza, aun siendo siega»

¡Descansa en paz, amigo Omar! Sereno en tu sueño, como el vuelo de los **días en un tiempo menos volátil y más apacible...**

Nos recibe hoy la muy noble ciudad de Santo Tomás de Lovigüisca, zona rica y ganadera, la tierra de Nelo Bravo y sus anécdotas pintorescas; del reconocido *hipista* Cornelio Bravo González y del formidable intelectual de lujo, el Lic. Wilfredo Espinoza Lazo, quien ha tenido hacia mi persona, palabras tan amables. Con él me une una buena amistad y a través suyo agradezco a esta gentil población chontaleña por su deferencia y distinción.

Cuando veníamos viajando por la carretera, pude admirar sus planicies glaucas y sus serranías imperturbables y escuchamos embelesados el rumor del viento desplazándose entre orladas veredas, como permanente enamorado de sus selváticas llanuras ha venido a depositar en el halda feraz de sus colinas las viejas

confidencias del estío, mientras se acercaba sediento a los estiajes ribereños para beber de sus fuentes y refrescarse la lengua del sabor del garbanzo y de los tupidos jaramagos que se adhieren a los cercos de piedra del camino. Me sentí impresionado cuando vino a mi memoria aquellos versos del poeta Chileno Vicente Huidobro (1893-1958):

«La alegría es oír la melodía del viento en mis cabellos»

Recordé a mis colegas tomasinas quienes estudiaron conmigo en la Universidad. Ellas son las licenciadas Juanita Siles, Yesenia Solís, Elisita Matamoros, Nancy Mendoza y Dina Mairena. Conservo muchos recuerdos de ellas y hago votos por la prosperidad de su trabajo. Un saludo a ellas y a todos los promotores de la cultura de esta laboriosa e histórica ciudad de Santo Tomás de Lovigüisca.

La literatura además de ser encarnación vivencial de la realidad diseñada en palabras –imagen de la inverosimilitud—, es prolongación de un testimonio más allá de los determinismos que la acorralan. A veces, la captación del habla, el dialogo interno donde se conjugan personajes y conflictos, el compromiso con la historia, la eterna sed de aventuras, pasiones y búsquedas, nos enlazan en determinadas prioridades donde resalta esa tendencia inobjetable por expandir nuestras limitaciones en distintos ángulos: el idiolecto, la tradición, la realidad y la fantasía, el amor y el dolor, como esquemas predeterminados por intereses ya marcados.

En el fondo de esas prioridades subyace la herencia cervantina, el mestizaje de nuestra cultura, los trueques semánticos convertidos en identidad de nuestra naturaleza, acervo atávico tan difícil de aceptar porque no estamos plenamente convencidos de lo novedoso de su herencia. Si Salomón de la Selva (1893-1959) es considerado el primer erudito de Nicaragua y el más versado en Hispanoamérica por su tendencia neoclásica (no olvidemos su preferencia horaciana por hurgar en esos versos la pureza de la palabra renovadora por su latín impoluto), Bernal Díaz del Castillo (1495-1584) ha sido el primer novelista en Hispanoamérica, pues su pluma abrió brecha imperecederas en la narrativa continental y una impresionante multitud acabó pavimentando el derrotero hacia el maravilloso mundo de lo vernáculo y lo literario.

El rostro de Hispanoamérica es el diseño mismo de una narrativa novedosa y de alcances particulares, fecunda simbiosis con temas muy emotivos y siempre actuales:

El caudillismo lacerante y empalagoso, fenómeno anacrónico que ya no tiene cabida en un mundo abierto a la modernidad.

Las escaramuzas y conflictos políticos que no cesan de jalonar los intereses de clases en esos «reguerillos» de los que habla Markus Zusak en su novela

Ladrona de libros (7ma. Parte, pág. 363);

Los avatares del sentimiento amoroso, prisionero insalvable del hastío como lo atestigua Honoré de Balzac (1799-1850) en *El lirio del valle* y Gustave Flaubert (1821-1880) en las páginas de *Madame Bovary*.

De acuerdo con la tradición que la crónica estipuló como una perennidad insustituible, hay antecedentes que jamás podrán ser justamente ponderados por los instintivos diseños de una cultura hermetista y clasista, tan señera y anquilosada en esos moldes estructuralistas plagados de términos dispendiosos y confusionistas que no llenan debidamente lo necesario del vivir.

Rubén Darío advirtió en su momento –y con sobrada razón– sobre el peligro de la imitación irredenta, tan servil y gregaria que nos lleva a perder la brújula precisa. Lo entendió Salomón de la Selva (1893-1959) en Nicaragua y Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en España. Ahora nuestros narradores del boom latinoamericano han sido los abanderados de esa innovación prosística y la vanguardia la ha adaptado en una poesía indomable, ansiosa de libertad. Ellos permitieron jugar a la palabra y es la palabra como una chiquilla traviesa, la que va perfilando en su juego un mundo diferente, más relativo, más espectacular, más permisivo en el buen sentido del vocablo. Ese juego de imágenes verbales llamados por los estilistas «calambur» nos permite a todos disfrutar de un mundo hecho a la medida de los sueños para servir de referencia y cimiento una nueva realidad.

Nuestro mundo gira al unísono de las transformaciones tecnológicas, vertiginosas como el tiempo, hasta situarnos frente a mecanismos irreversibles, no siempre proclives al cambio. Tales mutaciones aceleradas van prohibiendo palabras nuevas, costumbres y criterios que se amoldan a sus innovaciones, pero nos distancian –como lo atestiguan José Coronel Urtecho (1906-1994) — unos de otros y todos los gritos lanzados por esos elementos nuevos van a perderse en «una soledad sin ecos».

Pero Pablo Antonio Cuadra (1912-2002) se sobrepone ante esta insólita realidad y lo expresa así en su libro *Torres de Dios*: «Sentíamos un cambio universal que nos obliga a verter nuestro canto, nuestro mensaje en forma nueva; en lengua poética inconscientemente robábamos el futuro o quizás a los incandescentes y misteriosos custodios de la belleza» (pág. 158).

En lo universal de esta prodigiosa tarea, Darío fue un genio enorme no sólo para proveer el tiempo, sino asegurarnos un sitio en nuestra literatura más provinciana que ciudadana, tan telúrica y tan sentimental, como lingüística y misteriosa. Develar el arcano con el pincel de la palabra, una tarea titánica y equilibrada, vuelve a ser el reto de nuestra literatura. Será la memoria, el

andamiaje perfecto, un realismo introspectivo que desplace el punto de vista del autor y también del lector por mundos insospechados, cuando queda tanto por hacer.

Chontales no será excepción. Nuevas voces se suman a esta noble actividad con este segundo encuentro de escritores ahora en la rozagante y fértil ciudad de Santo Tomás de Lovigüisca, cuna de nuestro entrañable anfitrión, el licenciado Wilfredo Espinoza Lazo, destacado intelectual e historiador conspicuo, defensor y promotor de la chontaleñidad heredada de Chepita Toledo de Aguerri, Gregorio Aguilar Barea, Guillermo Roths Schuh Tablada, Carlos A. Bravo, Omar J. Lazo Barberena, Eduardo Avilés Ramírez, Róger Matus Lazo personajes que son un hito en nuestra cultura regional. Ellos han delineado con palabras las anécdotas vivenciales de Nelo Bravo y las picarescas aventuras de Vicente Hurtado Catarrán, campistos de profesión.

Los nuevos intelectuales chontaleños engrosan esta falange de prohombres cultos: Mariano Miranda Noguera, Agustín Sequeira Argüello, Jilma Romero Arrechavala, Wilfredo Espinoza Lazo, Marlon Vargas Amador, Alexander Zosa-Cano, Helder Obando Reyes, Marvin Calero, Octavio Robleto, William Zeledón, Douglas Blanco Aragón y tantos, tantos que no pudiéramos mencionar por falta de espacio en esta conferencia. A ellos los admiramos y les instamos a proseguir con esta noble empresa.

Ha dicho José Coronel Urtecho (1906-1994): «Debemos ser ante la literatura tan humildes como ante el mar». Pero no ser mudos —reconvenía Miguel Delibes (1920) —. La literatura también es un procedimiento y una actitud. Con respecto a lo primero, porque nos obliga a afrontar una realidad desde distintos ángulos: social, política, cultural o religiosa. Conforme a lo segundo porque nos hace adoptar un compromiso y es a lo que pienso referirme como parte medular de esta conferencia. Un compromiso que atañe a nuestro desarrollo histórico y geográfico: defender nuestro planeta como lo exhortó en su momento Gabriel García Márquez (1928-2014) en su libro *Yo no he venido a decir un discurso* y más recientemente el Papa Francisco en su controversial encíclica *Laudato Sí*.

A menudo escuchamos decir a nuestros familiares mayores como era de tupida nuestra selva tropical, sus ríos mansos arrastrando en sus corrientes ingenuos recuerdos; sus montañas espesas de arboledas, su fauna abundosa y variopinta; sus especies vegetales, ostensibles y exóticas. Y más antes, leemos a los Cronistas de Indias, impresionados ante el primer contacto con este continente latinoamericano y expresando con aplomo: «Si en algún lugar existió el paraíso terrenal, tuvo que ser en América». Hoy contemplamos con profundo estupor la aversión, el despale indiscriminado, y los incendios de numerosas hectáreas de bosque lo cual origina la erosión del suelo, la desaparición de nuestras fuentes de agua, la extinción de nuestra fauna silvestre, el recalentamiento del planeta, el

desequilibrio cósmico, el aumento del calor, la desertificación gradual y ascendente, un fenómeno antrópico de secuelas más devastadoras que las ocasionadas por los desastres naturales y atmosféricos, tan nocivos por la hecatombe que preludian en un mundo digno de mejor suerte.

No podemos permanecer insensibles al clamor de una generación naciente que aguarda una herencia un mundo propicio para vivir, soñar y crecer. Reiteramos desde el inicio de nuestra ponencia la herencia de los siglos para el hombre de nuestro tiempo y promovamos una actitud responsable por el bienestar de nuestra región.

Quiero dejar ante ustedes esta inquietud, porque vivimos tiempos sujetos a vertiginosos cambios, capaces de causar capaz de causar desequilibrio a la sociedad entera.

Otra faceta que conlleva el compromiso del escritor en nuestro entorno es la lucha de los derechos del pueblo, enfocarnos con preferencia a lo que beneficiará a la clase pobre y marginal, fustigando al poderoso, atacando a la clase opresora que sigue enriqueciéndose con el hambre de los desempleados, pero no bajo la bandera partidaria, sino bajo la enseña azul y blanco de la patria. Tal y como lo han diseñado numerosos escritores latinoamericanos de distinta época:

José Mármol (Argentina, 1818-1871) con *Amalia*.

Alcides Arguedas (Bolivia, 1879-1946) con *Raza de bronce*.

Ernest Miller Hemingway (Estados Unidos, 1899-1961) con *Adiós a las armas*.

Martín Luis Guzmán (México, 1887-1876) con *La sombra del caudillo*.

Augusto Roa Pasos (Paraguay, 1917-2005) con *Yo, el Supremo*.

Gabriel García Márquez (Colombia, 1928-2014) con *El otoño del patriarca*.

Sirvan como ejemplos inspiradores de lectura inspiradora de estas obras clásicas. Si recogemos este legado y lo sumamos a nuestro entorno, sabremos cosechar una valiosa oportunidad que afiance nuestro compromiso en esta dirección, por Nicaragua, su historia, su tradición, sus valores sus costumbres.

No quiero seguir abusando de vuestra paciencia por lo cual me permito recapitular mi exhortación en esta finalidad, recalcando cinco acápites:

1°- Cuidar el medio ambiente, defenderlo con nuestra denuncia constante y permanente, contra quienes pretenden acabar con el ecosistema tan vulnerable y tan hostigado por los intereses ambiciosos de una élite de magnates, interesados en acrecentar sus capitales sin importarles el futuro de la humanidad.

2°-Dar a conocer nuestra historia con sus altibajos, sin el desdoro partidarista, tan pernicioso como falaz. Si han de referirse las cosas y los hechos, hagámoslo con honestidad, presentando su aspecto total, no retazos que le convenga únicamente a un sector determinado y dejemos al lector formarse su propio criterio sin intromisión y conveniencia.

3°-Defendamos con nuestra pluma a los sectores más vulnerables del país: la familia, sobre todo la niñez indefensa; víctima de la drogadicción y el abuso, la adulteración de los valores y la violación intrafamiliar.

4°-Rescatemos las tradiciones vernáculas, sin mofarnos de su sencillez; aseguremos la conservación del habla nacional, para que no sea invadida por el malinchismo de voces inadecuadas que van desplazando nuestro léxico vernáculo por vocablos inconsecuentes.

5°- Promovamos una cultura intelectual para ilustrar a las nuevas generaciones y no defraudarlas con el desgaste de una tendencia llevada por intereses indignos a deificar el caudillismo y la barbarie.

Hagámoslo de esta manera y habremos asegurado el futuro de nuestra cultura chontaleña. ■